

1978

Mapa de la Biblioteca

Julio Ortega

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Ortega, Julio (Primavera 1978) "Mapa de la Biblioteca," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 7, Article 8.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss7/8>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

MAPA DE LA BIBLIOTECA*

Julio Ortega

He llegado a creer que en el sótano de la Biblioteca Nacional de Lima hay una loza y bajo la loza un lago. Pero esta imagen supone para mí varias etapas de adivinación: un amplio primer piso blanco (un hombre baja las escalinatas marmóreas), otro amplio piso sombreado (un hombre obedece la oscuridad), un amplio sótano de manuscritos ilegibles (un hombre mira la loza y la levanta). Pero no se trata propiamente de un lago sino de un río que la ciudad ignora.

Conozco bien esa biblioteca. Por eso al solicitar un libro en el vocerío del primer piso, suelo llevarlo a alguna oficina del segundo piso, entre escritorios vacíos, donde leo en paz. Ultimamente, en cambio, desde mi refugio tomo notas y vigilo el llamado paso del tiempo, corrigiéndolo entre una palabra anotada y el movimiento insidioso de los empleados. Bajo el poderoso reloj de pared, yo copiaba palabras entre dos empleados que iban de una palabra a otra, sin sospechar que entre una página y sus pasos yo establecía un mapa.

Un mapa del tiempo, quiero decir. El reloj vigilaba a los empleados. Los empleados cruzaban los minutos de las puertas abiertas. Yo apuraba una palabra entre ambos. La página consignaba ese acoso. Sé que la biblioteca no es la casa de los libros, sino los distintos momentos entre los hombres bajo la presunción del silencio.

Mi dibujo es el siguiente:

puerta
reloj
hombre
mujer
palabra

Todas las puertas dan a los libros pero hay una puerta que da al sótano, y mi mapa buscaba en los pasos de los empleados el momento en que caerían por las escaleras hacia ese otro tiempo oculto por los lectores masivos. Era indudable que el mapa de la biblioteca no consignaba ese lugar piadoso, pues las bibliotecas crecen, como es sabido, en razón directa a los lectores y los lectores, como es sabido, en razón directa a las bibliotecas. Es por ello que de noche construyen en los barrios inocentes esos edificios que nadie adivina abrirán mañana sus puertas al vecindario. Ya me ocuparía de

descifrar sobre el mapa de la ciudad las intenciones estratégicas de las bibliotecas en nacimiento, que deben hacer una figura sospechosa, un cordón umbilical o un muro para el ghetto de los lectores vírgenes. Pero no quiero ceder a otro lenguaje, sino a las puertas y escaleras de la biblioteca que investigo y que su plano público no consigna. Por lo pronto, sé que las puertas simulan una simetría que no es sino el efecto visual del espacio que fingen abrir, pero que en realidad cierran. Es por eso que el lector ingenuo supone que el tiempo no ingresa por esas puertas, que el espacio lento y grave de las escaleras es el otro mundo de un laberinto del orden.

Mi mapa desvirtúa esa tradición. Sé que los libros están innumerablemente escritos, pero también sé que obedecen a este tiempo que gira sobre sí mismo como un animal en una selva impresa. Tal vez por esto llegué a pensar en un sótano, en una loza, en un manantial. El tiempo pasa por los libros, que lo desafían, pero las letras y las frases se pierden en los ojos del lector que percibe ese encuentro como una amenaza. Debe existir un manantial inagotable al fondo del edificio, y los jarrones de agua en los pasillos simplemente nos despistan.

No sé si la biblioteca es un triunfo del tiempo, el rostro que a sí mismo se mira; o si más bien es la derrota del tiempo, como presupone la conducta de los lectores, el rostro que a sí mismo se ignora. De cualquier modo, uno piensa de pronto, cerrando el libro, que un incendio ha estallado en uno de los pisos y que por alguna razón clásica no escucha la alarma de los bomberos. Los libros, reunidos, reconocen su naturaleza en los incendios, violenta irrupción de la historia en esas puertas santas. Es por ello que la biblioteca es en realidad un naufragio, y por eso mismo una isla sin mar, un faro sin isla, un lenguaje sin faros ni instrumentos de marear.

Si es así, tal vez mi añoranza por un manantial no sea del todo vana. Reconozco que no es razonable, pero ninguna biblioteca lo es. Mi manantial, por lo demás, está precedido por la luz y luego por la oscuridad: pasos de la adivinación que yo consigno en mi mapa temporal, materia combustible de por sí. Pero mi añoranza es más que eso: una duda sin tema. De ese modo, tampoco mi manantial es un manantial, sino un espectro de la sed; así, mi mapa temporal no es un mapa sino la fuga de las palabras copiadas vanamente en la fijeza.

Debí comenzar todo esto por aquí para llegar luego a mis imágenes adivinadas. Pero es cierto que las bibliotecas asimilan esos desarrollos y yo podría haber caído en el error deslumbrante de confundirla con el mundo. Prefiero haber empezado por el orden que las bibliotecas rechazan, porque ellas no solamente no son el mundo sino que además no son nada, no existen, espejismos de una palabra multiplicada por todas las demás menos una.

Una conclusión semejante también podría llevarme a presumir que el mundo no existe, pero esa presunción equivaldría a fundar otra biblioteca, cosa ya infernal de por sí. Más desesperadamente todavía, mi mapa de la destrucción de un mapa me lleva a sospechar que la biblioteca—espectro de sí

misma—adquiere en su inexistencia la terrible belleza de sus formas arbitrarias, que reclaman varios pisos y, atrozmente, muchos empleados y, dolorosamente, una muchedumbre de lectores crédulos.

Habitar ese edificio fantástico, en un instante, es conocerlo todo de una vez, con la terrible evidencia de saber que el tiempo es irrecuperable, y que el conocimiento finge, como el espacio y sus puertas, ocupar el vacío de formas blancas cuyo lenguaje no sabemos leer, conocerlo todo es ignorarlo todo.

Y no obstante, en la presunción de figurar vive también la humildad de nombrar. Por eso, las bibliotecas deberían canjear su nombre, bajo el reloj implacable, y uno debería como en un hotel o balneario entrar por puertas secretas, abrir posibles compuertas, contemplar el agua para siempre.